

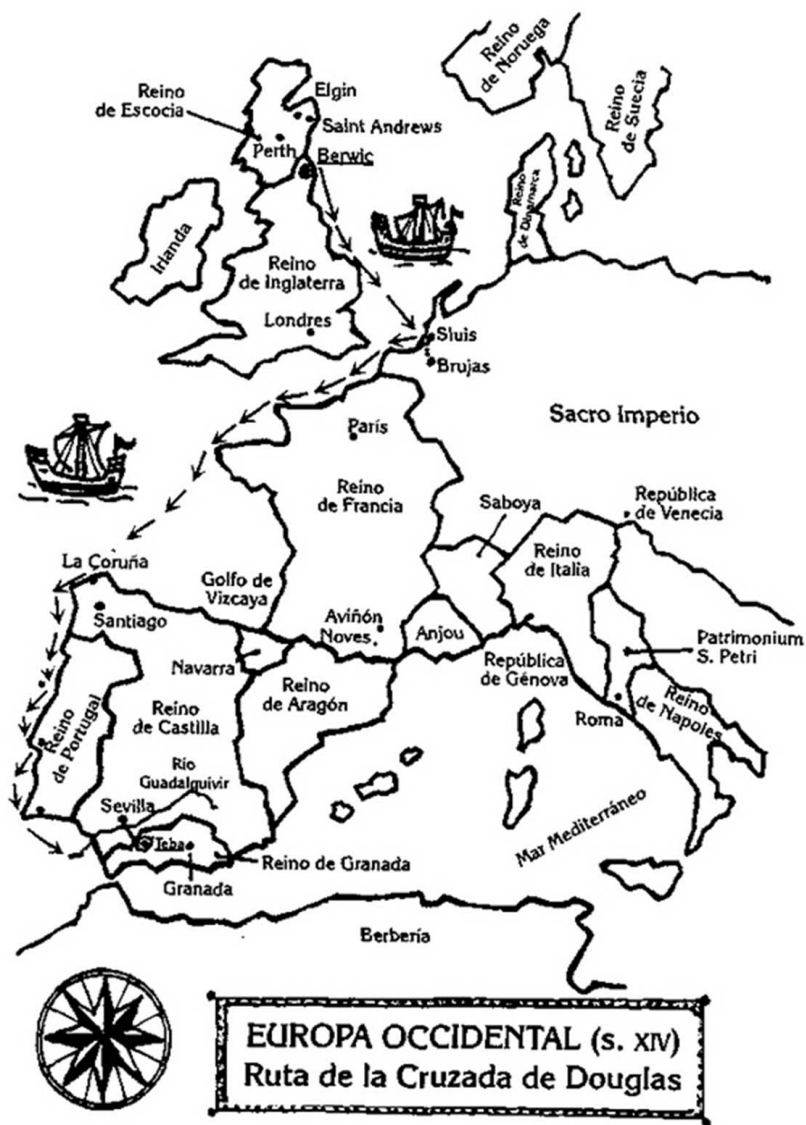
Jesús Maeso de la Torre

La piedra del Destino



La piedra del destino alude en su título a la mítica Piedra de Scone, donde tradicionalmente eran coronados los reyes escoceses. A la muerte de William Wallace, *Braveheart*, Robert Bruce optó al trono escocés y prometió participar en una cruzada, pero la muerte le impidió llevar a cabo una empresa que debía granjear el apoyo del Papado de Aviñón a la independencia de su país. Sin embargo, un grupo de hombres que habían luchado con él en la célebre batalla de Bannockburn, viajaron primero a Aviñón y luego a Granada portando su corazón embalsamado para que cumpliera su promesa. La piedra del destino relata este viaje, con escalas en Brujas, Aviñón y Santiago, hasta al-Ándalus, donde doce escoceses participaron en la batalla de Teba contra los musulmanes.

Lo que es un fresco histórico de la Europa en la que se enfrentaron los intereses de los templarios, el Islam, Escocia, Inglaterra, el Papado y Castilla, es también un intenso relato de aventuras, amores y traiciones, de la mano de un joven próximo a Douglas *el Negro*. Se trata de un episodio histórico poco conocido, que el autor reconstruye con detalle e introduciendo tramas secundarias de gran intensidad en las que aparecen las actividades secretas de Inglaterra para frustrar el viaje y las últimas batallas libradas por los templarios.



PRÓLOGO

1390

CAPÍTULO I

LA BÚSQUEDA DE LORD ARCHIBALD

*Castillo de Threawe (Escocia),
abril de 1390*

El casual hallazgo de aquella carta había conmocionado la vida de lord Archibald.

En la frialdad del ocaso, una bruma turbia desfiguraba los macizos perfiles del castillo de Threawe, enhiesto sobre un islote del río Dee, rincón predilecto de su morador lord Archibald *el Triste*, el bastardo de sir James Douglas, venerado guerrero de Escocia cuya sola mención suscitaba legendarias evocaciones en la Cristiandad entera.

Una luna liviana pugnaba por remontar el horizonte y un viento silbante se filtraba por los resquicios de los gélidos cristales. Entretanto, en la desnudez de un cielo gris, los nubarrones se precipitaban en el estuario, de donde retornaba el lejano estruendo de la tormenta y el relampagueo del rayo.

En afligida postración, el anciano lord se recostaba en su sitial frente a un fuego que agigantaba su desgarbada silueta, desfigurada por una senil joroba. Sir Archibald era un sexagenario tedioso y amargado, de carnes traslúcidas, cabellos bermejos y miembros grotescos, que solía desgarrar las horas de la anochecida contemplando arrobado sus halcones y neblíes. Pero en aquel crepúsculo le rondaba la mente otra obsesión muy opuesta, y se revolvió con agitada fruición ante una mesa atiborrada de ma-

nuscritos. Intrigado, los hurgó nerviosamente revisándolos con sus inquisitivas pupilas, y al no hallar lo que indagaba, la inquietud lo exasperó en un furibundo mal humor.

Maldijo en gaélico y normando, hasta que al fin atinó con lo que buscaba. Allí, arrebujaos entre los legajos, reposaban los sobados pliegos, un inesperado misterio, tan enigmático como la pálida estela de quien lo engendró. Sellados con un lacre fragmentado, los sostuvo en su mano trémula, como si esgrimiera un botín de guerra.

Se trataba de una enigmática misiva enviada hacía cuarenta años a su primo sir William Douglas por un fraile anónimo y charlatán, hallada por azar entre unos mugrientos protocolos carcomidos por las ratas y el hollín. Pero aquella epístola, como un genio que instigara su torturado espíritu, representaba el consuelo de su orfandad y el vínculo decisivo con su mítico padre, un guerrero extraordinario, héroe en dramáticas e inquietantes circunstancias, en la remota frontera de Granada.

Sentía por él una nostálgica fascinación, y para su infortunio, no había gozado de la ventura de conocerlo. Retando al tiempo, aquellos estrambóticos folios le brindaban ahora la esperanza de rescatar su maltrecha memoria y liberarse del vacío paternal que lo angustiaba desde su niñez. Pero ¿hallaría en sus secretos signos la prueba que se le había vedado durante toda su vida? —se preguntaba inquieto—. Y ¿por qué causa había permanecido misteriosamente oculta tantos años? ¿Encubriría la extraña carta un enigma infamante que hubiera deseado no conocer? ¿Sería por otra parte auténtica? Habitado a la bilis de las habladurías, aquella providencial revelación de la casualidad exterminaría para siempre los espectros que lo acosaban, restauraría medias verdades y saldaría sus eternas sospechas. Pues, aunque la caprichosa rueda del destino lo había encumbrado al patriarcado del más poderoso clan del sur de Escocia, los Douglas, y a gobernar en las efímeras treguas las Lowlands, las tierras fronterizas con Inglaterra y

escenario de sus devastadoras luchas, el recuerdo nostálgico de su padre lo perseguía como una maldición bíblica.

Atizó el fuego soltando un regüeldo, y uno de sus lebreles rezongó, entre el crepitar de las llamas y el crujido del tentador manuscrito. Desconocía el motivo, pero la enigmática credencial le provocaba una seguridad infinita y suavizaba las asperezas de su pasado. Subyugado, desdobló las páginas y las besó con delectación. Luego expuso sus indelebles rasgos a la luz de las velas, y un aceitoso olor a sebo embalsamó la estancia, exornada de panoalias y armaduras rígidas y argentadas, por donde parecían aflorar los perfiles arcaicos de sus antepasados y sus naufragadas vidas.

Meditó por enésima vez sobre su pasmoso contenido, y no pudo impedir que gruesas lágrimas enturbiaran sus ojos y se precipitaran sobre los abarquillados pergaminos.

A Sir William Douglas, regente de Escocia. Condado de Dumfries.

Pax Tecum

Mi excelente señor, que la gracia del Altísimo recaiga sobre vos y el clan Douglas:

Ex abundantia cordis os loquitur, de la abundancia del corazón os habla mi boca, y sea la palabra la mediadora entre vos y este humilde fraile carmelitano, al que pronto conoceréis.

Perdonad mi osadía y permitidme sin más dilación os traslade el asunto capital de mi escrito. Debéis saber que, hace ya cuatro años, tras apresar los ingleses a David II, rey de Escocia, en Neville's Cross recibí en el convento de Aylesfordy, donde me encontraba en el Capítulo General de mi Orden, la visita de una distinguida dama: la condesa de Ross y Moray, benefactora de mi Congregación.

Acarreaba la disparatada pretensión de trasladarme a la Villa Regia de Dunfermline para, esencialmente, relatar a los cronistas de palacio los hechos acaecidos en el Reino de Escocia durante el reinado de nuestro llorado Robert I Bru-

ce, artífice de la independencia, así como los avatares de la más insólita y conmovedora empresa jamás realizada en este reino: la Cruzada al Reino Nazarí de Granada, donde un puñado de escoceses peregrinaron desde Escocia a Flandes y luego a Hispania, como hojas zarandeadas por el viento, en una empresa audaz y temeraria. Pero ¿de qué sorprendernos, sire? Los escoceses somos audaces, orgullosos, tozudos, individualistas, contradictorios y arrogantes, y nos consideramos, en la jerarquía de las condiciones, antes escoceses que criaturas de Dios. Aunamos en un mismo carácter la tolerancia con la rigurosidad, el sarcasmo con la seriedad, y la generosidad con la ira más absoluta, y tal vez por ello seamos tan diferentes de los ingleses, de los que hemos padecido imborrables vejaciones, y únicos entre los pueblos de Britania. ¡Él perdone nuestra soberbia!

Esa atrevida hazaña fue comandada, como es sobradamente conocido, por vuestro tío sir James Douglas, *el Negro, el Bueno*, el de la tez oscura y el cabello de azabache que lo convirtieron en personaje único entre los nacidos en estas tierras, cumpliendo una promesa jurada en el lecho de muerte de su rey y amigo Robert Bruce, a quien el destino eligió para desafiar a Inglaterra y liberarnos de su tiranía.

Me pregunté qué intereses podían motivar el ser requerido a la Corte, pero sus singulares razones son desconocidas para este clérigo dedicado al estudio, el conocimiento de Dios y la penitencia. Solo puedo aducir que posiblemente conocían mi existencia por el letrado micer Goffrey, quien había solicitado mi testimonio, siendo yo aún laico y grande pecador.

Y así pues, sabed, mi noble señor, que yo, un sencillo hermano del Monte Carmelo, aprendí de vuestro tío que la amistad es el néctar más sabroso de nuestra existencia, pues une el afecto, la lealtad y la tolerancia en un único sentimiento. Competí en los *ridings* estivales de Irvine, Duns y Aberdeen con fortuna dispar, y en los juegos de Craig Chosnich, donde obtuve el cinturón de guerrero escocés.

Combatí contra los enemigos de Escocia y de la fe, pues Nuestro Señor, en su sabiduría infinita, me castigó con el doble entendimiento del manejo de la pluma y de la espa-

da. (Que su misericordia perdone mis excesos). Fui hombre de armas en el siglo, mas ahora me he convertido en el más insignificante de los siervos de Cristo, que busca su salvación en este monasterio del Carmelo, horma de orden y eficacia, lejos de la barbarie y el caos, dominadores del mundo.

Fui testigo presencial de decisivos sucesos, algunos aterradoros y luctuosos y otros rutilantes, acontecidos en Escocia en los legendarios años comprendidos entre 1314 y 1331. En Arbroath juré con el pueblo y los jefes de los clanes indefectible fe en la libertad de Escocia y en su rey Robert, e intimé con cancilleres diestros en sostener con sus sutilezas el aparato de los Reinos Cristianos de Occidente.

Traté a hombres de toda condición y alcurnia, y os aseguro, sire, que las diferencias entre nosotros no las determinan el linaje, la riqueza o la belleza corporal, sino que estas las fijará el Creador en el Juicio Final, y en ese día colocará a cada cual en su lugar definitivo y eterno.

Y así, por designio de la Providencia, al convertirme en testigo de excepción de eventos esenciales de una época, me vi abocado a renunciar a mi *pax carmelitana* y encomendarme a esta onerosa tarea de evocar hechos pasados, donde el crisol del tiempo inexorable, a la par de purificar las miserias humanas, igualmente había cubierto el discurrir de los acontecimientos con una pátina de ficción. No me movió vanidad alguna al recordar aquellos acontecimientos, si acaso el indeleble recuerdo de sir James, un corazón indómito, paradigma de caballeros, que no podemos sustraer a la memoria colectiva de Escocia y a ulteriores generaciones de escoceses.

Medraron rumores infundados y germinaron por Escocia rancios resentimientos que lo tachaban de sacrílego y amenazaban con sepultar su memoria. Y para evitar que tan obstinados incrédulos siguieran especulando turbiamente con su valor, decidí restaurar su recuerdo, acabar con tan vacua verborrea y propalar la verdad a los cuatro vientos. Ese fue y no otro el propósito de mi narración.

Y aunque la invención es un viento atrevido y su fascinación quiso a veces seducirme, no lo consiguió, pues la enfrenté a mis apasionados recuerdos, logrando no caer en el

pecado de la fantasía. Y como fui siempre más precavido que osado, no he distorsionado con la fábula mis manuscritos, que a veces ensucié, y así he de confesarlo, con el llanto amargo de algún luctuoso recuerdo.

Concluí en la Pascua de la Natividad del Salvador, y mis hermanos escribanos han transcrito igualmente una copia, iluminando un manuscrito purpúreo para el Rey David; aunque, ante su ausencia, me temo que pronto se una a los cientos de legajos de la Cancillería Regia y discretamente se pierda por la desidia de algún archivero palatino. La copia original, escrita íntegramente por mi mano, os será entregada en breve en vuestra fortaleza. Aceptadla, sir William, *in memoriam* de sir James Douglas.

Encontraréis la crónica escrita al modo de las tragedias clásicas, donde se escenifican las situaciones y los diálogos de las criaturas, en el desolado escenario de los lugares del Occidente cristiano. *Calamo currente* han brotado de mi memoria el inamovible pasado y sus personajes, que aparecen en el ventanal de la narración justamente tratados, sin menoscabo de sus virtudes, con la perspectiva que los años y el conocimiento del mundo me han conferido. Lo que os expreso sin jactancia, pues nada valgo y en poco me tengo.

Os ruego, monseñor, que esta narración, sea igualmente conocida por el hijo natural de sir James, el *dominus* Archibald Douglas, a quien él amó en la clandestinidad de su corazón y a quien esta paternidad bendice, al igual que a vuestro clan, cuyos miembros aman la independencia de Escocia y de sus gentes apasionada y generosamente.

Allá donde existe la libertad, está el espíritu del Señor.

Aeternum Vale, Sire,

FRATER DANIEL DE SION,
de la Orden Eliana del Monte Carmelo
XXVII mensis Martii, Anno Domini 1350

Nota bene:

Sire, para la Pascua de Resurrección, os rendirá visita nuestro Prior, fray Osberto, convocado a la abadía de Sweetheart, en el Condado de Dumfries, para tratar de hallar la paz ansiada entre monjes negros, blancos y mendicantes.

Antes, en su natal valle de Annadale, reconfortará a familiares que en estos años de aflicción sufren el azote de la Peste Negra, que los desarraiga brutalmente de sus anhelos. ¡San Roque y San Sebastián, tenga misericordia de nuestras almas y aparten de la Cristiandad estas pruebas horrendas!

Monseigneur, mi superior os hará entrega de un cofre de plomo en el que hallaréis tres rollos forrados de cuero, marcados con signos ocres, nombradores de otros tantos libros de mi manuscrito: *Scotia, Francia, Hispania*. Junto a estos legajos, advertiréis igualmente cuatro objetos: una caja plateada y tres bolsas de piel, para vos enigmáticas, pero que tras la lectura de los hechos cobrarán vida propia, siendo para vos, para sir Archibald y para vuestra estirpe, un valioso talismán. *Dixi*.

Sir Archibald sostuvo el deteriorado testimonio y se encandiló, con el espectral juego de la lumbre, que despedía al restallar los leños un balsámico aroma a roble. La melancolía consumía su desfallecido ánimo. No poseía nada donde aferrarse, y su pasado afloraba como un drama angustioso. ¿Quién era realmente aquel monje escribano que revelaba su identidad como fray Daniel de Sion? ¿Se hallaba ante una grotesca fantasía?, caviló. ¿Qué misterioso azar había hecho extraviarse el relato del que se proclamaba ejecutor el carmelita?

De pronto, oyó el destemplado campanil de la capilla invitando al rezo de Vísperas, y el repique lo sacó del ensimismamiento. Desdeñándolo, siguió enfrascado en los trazos de los pliegos, observado con canina fidelidad por sus amodorrados mastines. Fuera, el viento trasladaba los reclamos de los vigías previniéndose del santo y seña, por lo que súbitamente y hostigado por sus insatisfechas dudas abandonó sus atormentados deseos. Incapaz de sosegar, reclamó al ayuda del *maior domus*, un servidor abnegado de justa sensatez e inestimable consejo. No permitiría que el asunto se enquistara, y, como incitado por una inspiración repentina, lo llamó:

–¡MacBain!

Al punto apareció en el dintel de la puerta un hombre rechoncho de rostro surcado por innúmeras venillas azuladas. En actitud sumisa, aguardó la orden del lord conde.

–Sí, *messire*^[1] –replicó el doméstico sin mostrar insolencia alguna.

–Sean, convoca a mis cerriles capellanes y que dejen ya de atiborrar sus barrigas de cerveza. Condúcelos tú mismo hasta la torre. ¡Y que el Maligno les queme las entrañas a esos indolentes! Clérigos perezosos que para nada sirven.

–Enseguida, *messire* –respondió MacBain, y salió aceleradamente de la pieza.

Prestamente aparecieron jadeantes el capellán y un novicio de la comunidad agustina de Jedburgh, embutidos en hábitos de estameña grosera y raídas cogullas. Depositaron los candiles en el suelo, y aguardaron atemorizados a que el conde les revelara el objeto de tan repentina llamada. Lord Archibald se incorporó del solio, y se paseó por la estancia con su habitual aire taciturno y malhumorado, apoyado en su bastón de pomo argentado. Tras un torvo silencio, se revolvió con severidad hacia a los monjes:

–Vuestras paternidades conocen bien mi preocupación. Desde que hallé esta endiablada carta no logro el sosiego de mi ánimo. Vuestras indagaciones sobre el destino de la crónica de ese descabalado fraile, de cuya existencia comienzo ya a dudar, no nos conducen al fin deseado. Y me pregunto una y otra vez, ¿acaso ha podido extrañarse un documento de tal importancia para los Douglas?

A la interpelación del lord siguieron unos instantes de turbación, en los que se oía solo el golpear de sus botas paduanas sobre el enlosado. Ni los clérigos que asentían ni el dubitativo mayordomo se atrevían a proporcionar una aclaración convincente, temerosos de una iracunda

respuesta. De repente, el torrente de voz del conde les recordó con acritud:

—¡Y por los clavos de Cristo! ¿Cómo he de transmitir mi afán imperioso de hallarla? —se quejó gesticulante y enfurecido—. Fray Daniel nos habla de dos transcripciones. ¿Y pretendéis convencerme, *pater*, de que ambas se han extraviado? ¿Es que acaso esos documentos han sido víctima de una perversa confabulación en mi propia casa para hacerlos desaparecer, diantre?

El fray agustino se sobresalto, y con gesto resignado de excusa, objetó:

—Conocemos la remisión de una copia a la Corte del rey David, pero, efectuadas las oportunas averiguaciones en los Archivos Reales, no se tiene noticia alguna de tal crónica.

—O sea, que en Dunfermline, con un centenar de escribanos dedicados a los registros del reino, ¿no existe constancia de ese manuscrito?

—Así es, señoría. Tal vez con los continuos traslados del rey se haya traspapelado, o quizá tales memorias nunca se escribieran —corroboró el clérigo con firmeza—. Y de la enviada a vuestro noble primo no hay el menor rastro en los registros del clan; de esto podéis estar seguro. Le hemos dedicado horas y horas al empeño, desenterrando los despachos, registros y documentos de todos y cada uno de los *armaria*, sin éxito alguno.

—¡Fue escrita, por Dios, como así lo prueba la carta! —Se exasperó—. Me resisto a admitir un engaño de tal trascendencia, y resultaría hartamente improbable urdir una patraña de tamaña magnitud, jugando con la memoria y los sentimientos de un clan como el Douglas.

—Milord, confirmo el testimonio de nuestro abate y el de los amanuenses —interrumpió MacBain—. En ninguno de los cartularios del *dominium* del señor se ha hallado el cofre de plomo, y menos aún el códice. Y se han revisado millares de papeles...

–Dejaos de vacuas palabras. Comprended que ese texto extraviado contiene la luz de mi vida. No estoy dispuesto a renunciar a esas memorias y aceptar sin más su desgraciada pérdida.

–Sire, algunos secretarios han propalado el bulo de que ese imaginario relato fue redactado por un fraile burión enredador de fábulas, o quizá nigromante, que...

–No aceptes semejantes necedades, Sean, que todo lo vil y ruin termina por divulgarse. Qué mentes más obtusas comen de mi mano –los atajó dirigiéndose sarcásticamente al eclesiástico–. Y bien, ¿qué habéis revelado en el desordenado cúmulo de mi biblioteca, que no acertáis a organizar por más que os lo proponéis?

Los monjes enrojecieron de confusión y se miraron turbados. El más anciano introdujo sus sarmentosas manos en las mangas del hábito, refutando luego maliciosamente:

–Milord, durante tres agotadores meses hemos rastreado vuestros cedularios, arcas y estanterías sin éxito alguno. Se han separado decenas de fundas gofradas de códices por si hubiera sido ocultado entre sus cubiertas, y desenterrado documentos de cincuenta años a esta parte...; pero el intento ha resultado vano, aún habiéndole robado tiempo al sueño y gastado decenas de libras de velas y sebo en el intento. El demonio es ladino y obstruye con sus añagazas nuestra concienzuda misión. Hasta en nuestras oraciones hemos implorado a la Madre de Dios que nos ayudara. Lo lamentamos, pero el relato ha desaparecido, lastimosamente.

El lord conde, con gestó resignado, pareció aceptar el descorazonador fracaso y, cediendo en su inicial animosidad y disgusto, se expresó indulgente:

–Sé de vuestro denuedo, pero esa inconquistable colección de pliegos se había convertido en un desafío al destino. Cejad ya en la fatigosa tarea, y dedicaos al oficio de Dios, del que os he sacado para tan mundano trabajo.

Aunque resulte descorazonador, arrostraré ese misterio hasta el fin de mis días. Id con Él, y que en su piedad perdone mi codicia.

–*Pax tecum*, milord –asintió el prior aliviado de la onerosa carga.

Los monjes abandonaron cabizbajos la cámara del obstinado conde, hartos de sus agravios y sus cáusticos sermoneos. Encrespados y con gesto de resentimiento, regresaron a la capilla del castillo, donde se arrodillaron según el uso monacal *ante et retro*, delante y detrás de una Virgen tallada de inmóvil majestad. Elevaron una plegaria de gratitud por haber concluido con aquella engorrosa labor y aguardaron la hora del rezo canónico.

–Hermano –ordenó ásperamente el prior–, soportaremos en los costados el cilicio durante dos días, pues conviene a nuestra alma no merodear en el desánimo. Rezad por nuestra salvación y por el abandono de esa investigación tan insensata con la que el señor conde, tentado por el Maligno, parece haber perdido el juicio.

El joven novicio, al que los ayunos y penitencias habían despojado de carnes, asintió con ingenuidad y se extrañó del mezquino comentario. Luego, tras comprobar en el velón de las horas la proximidad de la oración, agitó la campana admonitoria, salmodiando con una voz anodina el rezo vespertino: *Magnificat anima mea Dominum*.

Fuera, la pertinaz lluvia golpeaba los aleros del castillo, y un penetrante olor a tierra mojada, heno y estiércol invadía el ambiente de la fortificación. La luna desprendía un vaporoso resplandor metálico desvaneciendo la lóbrega tenebrosidad.

Sobre el albor de la amanecida de aquel abril de ventiscas y aguaceros, lord Archibald, con gesto malhumorado, partió con los halcones a los alrededores del lago Carlingwa-